



¿Rebelde o incomprendida?

M^a Menéndez-Ponte

Cuando era pequeña, casi nunca coincidía lo que yo hacía con lo que se esperaba de mí. De

ahí que la mayoría de mis acciones acabaran en castigo. Raro era el día que no terminaba comiendo en el cuarto de baño o me llevaba unos cuantos azotes. Mi abuelo materno -al cual, como era de esperar, se le caía la baba con su nieta- decía que era *voluntad virgen*, una manera poética de decir que era una auténtica salvaje. ¿Cómo no iba a serlo si había aterrizado en un mundo complejísimo sin libro de instrucciones? Aquel era un mundo terriblemente complicado, injusto e impredecible: lo que hoy valía, mañana no. Dependía de hechos tan aleatorios como el estado de ánimo de los adultos que se ocupaban de mí o las fases de la luna. En ese mundo no había cabida para los gnomos, duendes, dragones encantados o princesas que solían acompañarme en mis juegos, por lo cual me veía obligada a cambiar constantemente los muebles de sitio, a subirme a los árboles o a utilizar los juguetes con una finalidad distinta de aquella para la que habían sido concebidos.

Naturalmente todo habría sido diferente si las casas hubieran sido diseñadas para albergar dragones, si mi madre no se hubiera empeñado en vestirme con trajecitos, si los jugueteros hubieran hecho juguetes irrompibles y multiusos, y si las niñas hubiéramos tenido los mismos derechos y oportunidades que los niños. También me hubiera ahorrado muchos disgustos el que mis padres cenaran alguna que otra vez en casa...

Luego vino el colegio. En aquel edificio cuadradote, frío y gris, donde el tiempo se paraba de puro aburrimiento, descubrí el poder de la imaginación (creo que fue allí donde realmente empecé a escribir historias aunque no las trasladara al papel). Subida en las nubes, viajaba a cualquier parte del mundo para vivir aventuras fascinantes, y las preguntas crecían dentro de mi cabeza como las notas en una sinfonía. ¿Por qué las monjas llevaban el pelo tapado con tocas negras? ¿Por qué al cuarto de baño le llamaban *salir*? ¿Por qué nadie podía entrar en clausura? ¿Por qué el demonio y el pecado nos rondaban las veinticuatro horas del día?

Con tantos misterios que resolver era imposible concentrarse en aquellas lecciones magistrales donde siempre había un exceso de saliva. Incluso había momentos en los que mis oídos se volvían sordos y no oían lo que la ma-

dre de turno trataba de comunicarnos. En cambio mis ojos no perdían detalle de todo cuanto ocurría a mi alrededor: cómo chupaba el lápiz Pilar, cómo fruncía la boca Lourdes, con qué ahínco borraba Ana, con qué primor cosía Margarita... La pena es que no era eso lo que me preguntaban en los exámenes. Si me lo hubieran preguntado, yo también habría conseguido tener aquellos lacitos de tela que te daban como premios a final de curso.

Cada día era idéntico al anterior, porque te decían que era lunes o martes... En aquellas filas interminables ya no sabías si ibas al recreo o volvías de él. "CHAS", sonaba la chasca, y andábamos un tramo. "CHAS", volvía a sonar, y nos parábamos. (Para aquellos que no conozcan el mencionado artilugio, les diré que era una cajita de madera que tenían todas las monjas y que emitía ese peculiar sonido al retirar el dedo pulgar que llevaban metido entre las dos tapas). Aquel sistema de doma generaba numerosos castigos, porque además de pararse o seguir cuando sonaba la chasca había que ir en silencio, algo casi imposible cuando te has pasado la mañana muda y escuchando. "A mí me da igual, no tengo prisa" -decía la madre de turno-. Entonces venían las oleadas de "chist", protestas y murmullos. En esos momentos el recreo parecía una meta inalcanzable. A veces ocurría que, nada más llegar, sonaba la campana de nuevo para volver a clase. Uno de los días más felices si no hubiera sido por el consiguiente castigo fue cuando me hice con una cajita de joyería y la utilicé como chasca. Estábamos paradas porque no se hacía del todo el silencio y de pronto, chas, sonó mi chasca (tenía un restallido bastante más modesto). Y la fila empezó a andar de nuevo. Fue como tener una varita mágica, aunque no fuera más que unos segundos.

Creo que no resulta difícil comprender que en aquellos tediosos días había que idear sistemas para evitar que los relojes se pararan; eran unos sistemas pedestres como romper una bomba fétida, echar polvos pica-pica, hacer preguntas consideradas capciosas o tratar de entrar en clausura, pero que, como digo, servían para romper la monotonía de los días.

Cuando las cosas se pusieron realmente mal: cinco suspensos en junio y la imposibilidad de bajarme de los árboles, mis padres optaron por mandarme interna a Madrid, a un colegio donde por múltiples razones mi vida dio un giro de 180°: sustituí los suspensos por sobresalientes y cambié mi vocación de saltimbanqui por la gimnasia y el ballet. ■